

que plantaron media docena de eucaliptus en el atrio de tal ó cual parroquia, que pasó á mejor vida el hijo de un boticario en Piedras Negras; que faltan losas en las calles de San Luis y que empapelaron de nuevo la oficina telegráfica de Amecameca. Todo eso será muy digno de mención; pero no tiene mucha gracia que digamos. Las ocurrencias de la población tienen la misma insignificancia y monotonía. Los revisteros de teatro encomian el garbo y elegancia de la Srita. Móriones; se registran las defunciones, que no andan, por cierto, muy escasas; se habla del hedor espantoso de los mingitorios, de los perros rabiosos, de los gendarmes que se duermen, y para fin y postre, se publica un boletín del Observatorio Meteorológico, anunciando lo que ya todos saben, que el calor es mucho y que ha llovido dentro y fuera de garitas. Mejor sería anunciar que va á llover, para que aquellos que carecen de barómetro, sepan á qué atenerse y arreglen convenientemente sus asuntos.

Dicho está: La prensa no me entretiene ni me enseña. Para saber las novedades, hay que oír á los asiduos y elegantes concurrentes de la peluquería de Micoló. Yo abrí bien mis oídos, deseoso de la agradable comidilla del escándalo. Pero las novedades escasean grandemente, por lo visto. Un empresario desgraciado, á quien llaman, si bien recuerdo, Déffosse, ha puesto pies en polvorosa, faltando á sus compromisos con el público. Las tertulias semanarias del Sr. Martuscelli se han suspendido por el mal tiempo. Algunos miembros del Jockey Club se proponen traer en comandita caballos de carrera para la temporada de Otoño, con lo cual demuestran que, siendo muy devotos del *sport*, andan poco sobrados de dinero ó no quieren gastarlo en lances hípicas. Las calenturas perniciosas y las fiebres, traen inquieta y desazonada á la población, exceptuando á los boticarios y á los médicos cuya fortuna crece en épocas de exterminio y de epidemia. En los teatros nada ocurre que sea digno de contarse y una gran parte de la aristocracia emigra á las poblaciones comarcanas, más ricas en oxígeno y fresca.

No hay remedio. He caído en una ciudad que se fastidia y voy á aburrirme soberanamente. No hay remedio.

\* \* \*

A tal punto llegaba de mis reflexiones, cuando el dueño que me había deparado mi destino, ciñéndome la cintura con su mano, salió de la peluquería. No tardé mucho tiempo en recibir nuevos descalabros, ni en sentir, por primera vez, la humedad de la lluvia. Los paraguas, no vemos el cielo sino cubierto y obscurecido por las nubes. Para otros es el espectáculo hermosísimo del firmamento estrellado. Para nosotros, el terrible cuadro de las nubes que sur-

can los relámpagos. Poco á poco, una tristeza inmensa é infinita se fué apoderando de mí. Eché de menos la antigua monotonía de mi existencia; la calma de los baúles y anaqueles; el bullicio de la tienda y el abrigo caliente de mi funda. La lluvia penetraba mi epidermis helándome con su húmedo contacto. Fuí á una visita; pero me dejaron en el patio, junto á un paraguas algo entrado en años, y un par de chanclos sucios y caducos. ¡Cuántas noches he pasado después en ese sitio, oyendo cómo golpean los caballos con sus duros cascos; las losas del pavimento y derramando lágrimas de pena, junto al caliente cuarto del portero! Es verdad que he asistido algunas ocasiones al teatro, beneficio de que no habría disfrutado en Europa; porque allí los paraguas y bastones, proscritos de las reuniones elegantes, quedan siempre en el guardarropa ó en la puerta. Pero ¿qué valen estas diversiones, comparadas con los tormentos que padezco? He oído una zarzuela cuyo título es: «Mantos y Capas;» pero ni la zarzuela me enamora ni estoy de humor para narraros su argumento. Un paraguas, que pertenece á un periodista y que concurre habitualmente al teatro desde que estuvo en México la Sontang, me ha dicho que no es nueva esta zarzuela y que tampoco son desconocidos los artistas. Para mí todo es igual, y sin embargo, soy el único que no escucha, como quien oye llover, los versos de las zarzuelas españolas.

En el teatro he trabado amistades con otros individuos de mi raza, y entre ellos con un gran paraguas blanco, cuyo dueño, según parece, está en San Angel. Muchas veces, arrinconado en el comedor de alguna casa, ó tendido en el suelo y puesto en cruz, he hecho las siguientes reflexiones: ¡Ah! ¡Si yo fuera de algodón, humilde y pobre como aquellos paraguas que solía mirar con menosprecio! Por lo menos, no me tratarían con tanto desenfado, abriéndome y cerrándome sin piedad. Saldría poco: de la oficina á la casa y de la casa á la oficina. La solícita esposa de mi dueño, me guardaría con mucho esmero y mucho mimo en la parte más honda del armario. Cuidarían de que el aire me orease, enjugando las gotas de la lluvia, antes de enrollarme, como hoy lo hacen torciendo impíamente mis varillas. No asistiría á teatros ni á tertulias; pero ¿de qué me sirve oír zarzuelas malas ó quedarme á la puerta de las casas en unión de las botas y los chanclos? No, la felicidad, no está en el oro. Yo valgo siete pesos; soy de seda; mi puño es elegante y bien labrado; pero á pesar de la opulencia que me cerca, sufro como los pobres y más que ellos? No, la felicidad no consiste en la riqueza; preguntadlo á esas damas cuyo lujo os maravilla, y que á solas, en el silencio del hogar, lloran el abandono del esposo. Los pobres cuidan más de sus paraguas y aman más á sus mujeres. Si yo fuera paraguas de algodón!

¡O si á lo menos, pudiera convertirme en un coqueto parasol de

lino, como esos que distingo algunas veces cuando voy de parranda por los campos! Entonces vería el cielo siempre azul, en vez de hallarle triste y entoldado por negras y apretadas nublazones. ¡Con qué ansia suspiro interiormente por la apacible vida de los campos! El parasol no mancha su vestido con el pegajoso lodo de las calles. El parasol, recibe las caricias de la luz y aspira los perfumes de las flores. El parasol lleva una vida higiénica; no se moja, no va á los bailes, no trasnocha. Muy de mañana, sale por el campo bajo el calado toldo de los árboles, entretenido en observar atentamente el caprichoso vuelo de los pájaros, la majestad altiva de los bueyes ó el galope sonoro del caballo. El parasol no vive en esta atmósfera cargada de perniciosas, de bronquitis y de tifos. El parasol recorre alegremente el pintoresco lomerío de Tacubaya, los floridos jardines de Mixcoac ó los agrestes vericuetos de San Angel. En esos sitios veranea actualmente una gran parte de la aristocracia. Y el parasol concurre, blanco y limpio, á las alegres giras matinales; ve cómo travesea la blanca espuma en el colmado tarro de la leche, descansa con molicie sobre el césped y admira el panorama del Cabrío. Hoy en el campo las flores han perdido su dominio, cediéndolo dócilmente á la mujer. Las violetas murmuran enfadadas, recatándose tras el verde de las hojas, como se esconden las sultanas tras el velo, las rosas están rojas de coraje; los lirios viven pálidos de envidia, y el color amarillito de la bilis, tiñe los pétalos de las margaritas. Nadie piensa en las flores y todos ven á las mujeres. Ved cómo salen, jugueteando, de las casas, desprovistas de encajes y de blondas. El rebozo, pegado á sus cuerpos como si todo fuera labios, las ciñe dibujando sus contornos y descendiendo airoso por la espalda. Una sonrisa retozona abre sus bocas, más escarlatas y jugosas que los mirtos. Van en bandadas, como las golondrinas, riendo del grave concejal que descansa tranquilamente en la botica, del cura que va leyendo su breviario, de los enamorados que las siguen y de los sustos y travesuras que proyectan. Bajan al portalón del paradero; se sientan en los bancos, y allí aguardan la bulliciosa entrada de los trenes. Las casadas esperan á sus maridos; las solteras á sus novios. Llega el wagón y bajan los pasajeros muy cargados de bolsas, y de cajas, y de líos.

Uno lleva el capote de hule que sacó en la mañana por miedo del chubasco respectivo; otro, los cucuruchos de golosinas para el niño; éste, los libros que han de leerse por las noches en las gratas veladas de familia; aquel una botella de vino para la esposa enferma, ó un tablero de ajedrez.

Los enamorados que, despreciando sus quehaceres, han venido, asoman la cara por el ventanillo, buscando con los ojos otros ojos, negros ó azules, grandes ó pequeños, que correspondan con amor á sus miradas. Muchos, apenas llegan cuando vuelven, y por ver

nada más breves instantes á la mujer habitadora de sus sueños, hacen tres horas largas de camino. En la discreta obscuridad de la estación, suelen cambiarse algunas cartas bien dobladas, algunas flores ya marchitas, algunas almas que se ligan para siempre. De improviso, la campanilla suena y el tren parte. Hasta mañana. Los amantes se esfuerzan en seguir con la mirada, un vestido de muselina blanca que se borra, la estación que se aleja, el caserío que se desvanece poco á poco en el opaco fondo del crepúsculo. Un grupo de muchachas atrevidas, que, paseando, habían avanzado por la vía, se dispersa en tumulto halarquiento para dejar el paso á los wagones.

Más allá corren otras, temerosas del pacífico toro que las mira con sus ojos muy grandes y serenos. El tren huye: los enamorados alimentan sus ilusiones y sus sueños con la lectura de una carta pequeña; y el boleterero, triste y aburrido, cuenta en la plataforma sus billetes. En la estación se quedan, cuchicheando, las amigas. Algunas, pensativas, trazan en la arena con la vara elegante de sus sombrillas, un nombre, ó una cifra ó una flor. Los casados que se aman vuelven al hogar, contándose el empleo de aquellas horas, pasadas en la ciudad y en los negocios. Van muy juntos, del brazo; la mamá refiere las travesuras de los niños, sus agudezas y donaires, mientras ellos saborean las golosinas ó corren tras la elástica pelota.

¡Cómo se envidian esos goces inefables! Cuando la noche cierre, acabe la velada, y llegue la hora del amor y del descanso, la mujer apoyará, cansada, su cabeza, en el hombro que guarda siempre su perfume; los niños estarán dormidos en la cuna y las estrellas muy despiertas en el cielo!

\*\*\*

Parasol, parasol: tú puedes admirar esos cuadros idílicos y castos. Tú vives la honesta vida de los campos. Yo estoy lleno de lodo y derramando gruesas lágrimas en los rincones salitrosos de los patios. Sin embargo, también he conseguido cobijar aventuras amorosas. Una tarde, llevábame consigo un jóven que es amigo de mi dueño. Comenzaba á llover y pasaban, apresurando el paso, cerca de nosotros, las costureras que salían de su obrador. Nada hay más voluptuoso ni sonoro que el martilleo de los tacones femeniles en el embanquetado de las calles. Parece que van diciendo:—¡Sigue! ¡Sigue! Sin embargo, el apuesto jóven con quien iba, no pensaba en seguir á las grisetas, ni acometer empresas amorosas. Ya habrán adivinado ustedes al leer esto, que no estaba mi compañero enamorado. De repente, al volver una esquina, encontramos á una mu-

chacha linda y pizpireta que corría temerosa del chubasco. Verla mi amigo y ofrecerme, todo fué uno. Rehusar un paraguas ofrecido con tanta cortesía, hubiera sido falta imperdonable; pero dejar, expuesto á la intemperie, á tan galán y apuesto caballero, era también crueldad é ingratitud. La jóven se decidió á aceptar el brazo de mi amigo. Un poeta lo ha dicho:

«La humedad y el calor  
Siempre son en la ardiente primavera  
Cómplices del amor.»

Yo miraba el rubor de la muchacha y la creciente turbación del compañero. Poco á poco su conversación se fué animando. Vivía lejos y era preciso que atravesáramos muchas calles para llegar hasta la puerta de su casa. La niña menudeaba sus pasos, muy aprisa, para acortar la caminata; y el amante, dejando descubierto su sombrero, procuraba abrirla y defenderla de la lluvia. Esta iba arreciando por instantes. Parecía que en cada átomo del aire venía montada una gota de agua. Yo aseguro que la muchacha no quería apoyarse en el brazo de su compañero ni acortar la distancia que mediaba entre sus cuerpos. Pero ¿qué hacer en trance tan horrible? Primero apoyó la mano y luego la muñeca y luego el brazo; hasta que fueron caminando muy juntitos, como Pablo y Virginia en la montaña. Muchas veces el aire desalmado empujaba los rizos de la niña hasta la misma boca de su amante. Los dos temblaban como las hojas de los árboles. Hubo un instante en que, para evitar la inminente colisión de dos paraguas, ambos á un propio tiempo se inclinaron hasta tocar mejilla con mejilla. Ella iba encendida como grana; pero riendo para espantar el miedo y la congoja. Una señora anciana, viéndolos pasar, dijo en voz alta al viejo que la cubría con su paraguas:

—¡Qué satisfechos van los casaditos!

Ella sintió que se escapaba de sus labios una sonrisa llena de rubor. ¡Casados! ¡Recien casados! ¿Por qué no? Y la amorosa confesión que había detenido en muchas ocasiones el respeto, la timidez ó el mismo amor, salió, por fin, temblando y balbuciente, de los ardientes labios de mi amigo.

\*\*\*

Ya tú ves, parasol, si justamente me enorgullezco de mis buenas obras. Esas memorias, lisonjeras y risueñas, son las que me distraen en mi abandono. ¿Cuál será mi destino? Apenas llevo una semana de ejercicio y ya estoy viejo. Pronto pasaré al hospital con los in-

válidos, ó caeré en manos de los criados, yendo enfermo y caduco á los mercados. Después de pavonearme por las calles, cubriendo gorritos de paja y sombreros de seda, voy á cubrir canastos de verdura. Ya verás si hay razón para que llore en los rincones salitrosos de los patios.

Junio 10 de 1883.

¡Cuán caprichosa en sus mudanzas y coincidencias es la suerte! En la propia semana y en el mismo día, abriéronse, hace poco, las mohosas cancelas de una iglesia y las puertas profanas de un billar. El templo había servido en muchos años para guardar las pacas de algodón almacenadas por un rico comerciante; y el billar, hoy cubierto de vistosísimos tapices, fué, en lo antiguo, parte privilegiada de un gran templo y del adusto monasterio franciscano. Sería una empresa poética y curiosa la de narrar la historia de esos grandes edificios—hoy caídos bajo la azada del obrero ó transformados por las necesidades de la época—reconstruyendo con estricto respeto á la verdad, el orden interior de los conventos y los pormenores de la vida monástica. En España ha habido un muy ameno y agradable historiador de los conventos: Balaguer. Bien recuerdo con cuánta complacencia leía yo sus brillantes descripciones y las extrañas y románticas leyendas que con tanto primor sabe contar: ya eran los funerales de Carlos V en Yuste; ya los misterios y austeridades de aquel huraño Juan Guarín á quien Satanás se apareció en forma de penitente anacoreta, ya los amores espeluznantes de Rancé ó la rústica historia de la Virgen del Cántaro. En cada roca de Monserrate, en cada piedra de Poblet, en cada ermita del desierto de las Palmas, y en cada hoja de los huertos del Parral, ocúltase una historia de penitencias y amoríos, la tradición de crudelísimas venganzas y de arrepenimientos sobrehumanos. La obra de Balaguer abunda en narraciones exquisitas; pero es vaga, incompleta, poco minuciosa, en cuanto atañe á la historia real de los conventos, á su fundación, á sus desarrollos y progresos, á la importancia ingente de cada uno en la historia de la civilización española, al examen de sus tesoros artísticos y al inventario de sus grandiosísimas riquezas. Yo no pensaba ni hacía tales objeciones, cuando leí los dos volúmenes de D. Víctor Balaguer: bastábame alimentar mi fantasía con los cuentos de aparecidos y fantasmas, soñando con la favorita del rey moro, con la negruzca torre de la Renegada ó con las penitencias de S. Bruno. Sin embargo, ya entonces como ahora, echaba de menos la existencia de un libro como éste en donde se narrase, por menor, la his-

toria de los conventos mexicanos, recogiendo las tradiciones de cada uno y estudiando sus galerías y sus archivos.

Hay un libro, es verdad, escrito con muy buenas intenciones y que encierra detalles curiosísimos acerca de nuestros monasterios más famosos; pero es tan incompleto y está escrito en estilo tan pobre y tan vulgar, que el lector, descorazonado y aburrido, no halla encanto ninguno en su lectura. Yo confieso que los conventos mexicanos no dan al historiador ni al novelista, campos tan amplios, ricos y fecundos como los monasterios españoles; pero ¡cuántas preciosidades y rarezas podrían entresacar los eruditos de entre tantos baldiques empolvados! ¡cuántas leyendas y piadosas tradiciones hallaría el poeta en la mohosa chapa de una celda, en las rejas obscuras de los locutorios y en la calada sillería del coro! Un viajero decía, resumiendo en una forma pictórica sus recuerdos:

— El Oriente es un palacio; Francia, un castillo; Italia, un jardín; y España, un claustro.

Y lo que este viajero decía de España, pudo aplicarse, en cierto modo, á México. Durante la época virreinal y en los primeros años de nuestra existencia independiente, la historia de sayal y de cogulla, habitaba en el fondo de una celda; no obstante esto, son pocos los que han sacado algún provecho de los ricos archivos conventuales. Riva Palacio sí conoce una gran parte de los papeles de la Inquisición. Yo tengo en mi poder una comedia manuscrita, de autor anónimo, hallada por el Sr. Riva Palacio en los mismos archivos de la Inquisición. Esta comedia, cuyo título es: «Al fin se canta la Gloria,» fué prohibida en 1618, y es notable, porque siendo anterior al «Tan largo me lo fiáis» de Tirso, tiene en embrión la propia idea, y su protagonista se asemeja grandemente al tipo legendario de Don Juan. ¡Cuántos documentos tan peregrinos y curiosos como éste se hallan dispersos en las bibliotecas particulares ó comidos de polilla en los estantes del Gobierno! Los conventos no existen, los datos para escribir su historia se han perdido en gran parte; las leyendas se desvanecen y se borran; ningún historiador, ningún novelista, ningún poeta, ataja el paso de esa triste bandada de gorriones que anidaba en las hornacinas de los claustros y que se esfuma lentamente en el espacio! Los eruditos capaces de allegar todos los datos, proporcionando los materiales de la obra, se ocupan en empresas diferentes: Chavero traduce en buen español lo que escribieron en mal francés los libretistas de «Carmen,» Riva Palacio lee la «Biblioteca Internacional,» dejando que sus versos tan hermosos, tan rubios y tan blancos mueran de frío como los niños vagabundos, en el umbral de una puerta; Pimentel lleva á cabo con mucha ciencia y mucho tino, el ardua empresa de historiar nuestra literatura; y García Icazbalceta, sentado en la poltrona presidencial de la Academia, vende azúcar. Solo Pancho Sosa, con incansable laboriosidad da

sepultura á los difuntos. Todos ellos podrían desenterrar los manuscritos empolvados y escribir la historia verídica y circunstanciada de los conventos.

Pero ¿quién recogería las leyendas y las piadosas tradiciones? Cual más, cual menos, todos ellos carecen de esa fe zahorí que descubre tesoros de ternura en la sencilla narración de los amores místicos; en la historia de aquella monja recoleta á cuyas manos bajaban á comer las golondrinas; en la devota vida de aquel fraile que confesó á un cadáver, y, desde ese día, no volvió á cubrirse la cabeza; en el relato de esas penitencias que ahora juzgamos falsas é imposibles. Icazbalceta es creyente; pero siendo tan erudito como es, no posee el sentimiento del color y de la línea. Es un ateo de la forma. El único capaz de recoger esas piadosas tradiciones y de engazarlas en el oro puro de su estilo, es Chucho Cuevas. Su fantasía, como ciertas aves, se complace en vivir bajo las bóvedas austeras de los claustros en la calada aguja de la torre, junto á la lámpara que arde en la capilla del Sacramento. Tiene el ascetismo de la idea y la brillantez del colorido; la unción del creyente y el entusiasmo del poeta. En la poética vida de Sor Juana, escrita con muchísima elegancia, ha trazado ya á grandes rasgos el cuadro de la vida monacal. Pero Cuevas se ha detenido, como muchos, á escuchar las canciones de esa ave que escuchó ensimismado el monje Alfeo; ó ha torcido su senda por el pagano laberinto del teatro. ¡Cuánto más le valdría resucitar, en una forma poética y brillante, la vida de esos frailes y esas monjas que ahora se presentan á mis ojos con la fría rigidez de las estatuas yacentes! Ya no se oye en el silencio de la media noche, el son de la campana que congregaba á las capuchinas en el coro; ya no cruzan los frailes, cirio en mano, los claustros de San Fernando, ni la joven novicia deja sus trenzas y sus joyas y sus flores en las gradas del altar; todo ese mundo cuyas postrimerías apenas alcanzamos, se desvanece en el obscuro lienzo de los siglos, y baja por la pendiente del olvido, como una larga procesión nocturna, cada vez más distante de nosotros, de la que solo se percibe ya el rojo llamear de los hachones, el murmullo confuso de los rezos y las pisadas de los descalzos penitentes. Nadie recoge las últimas palabras de ese agonizante, ni encierra en un piadoso relicario sus recuerdos. La polilla es la única lectora de esos dramas que duermen olvidados bajo las telarañas de un archivo. Los poetas, esos eternos enamorados de las cosas que mueren y de las cosas que nacen, son los únicos que podrían volver los ojos á los claustros, y preguntar á sus ruinosos paredones el secreto de muchas vidas y de muchas almas. Pero los poetas también se van, como los frailes. Son los que componen el batallón de los desertores. No van en funeraria procesión ni cirio en mano, por largos y tenebrosos pasadizos: son los tripulantes de una góndola de marfil con velas de rosa:

la góndola se desliza sobre el agua y se pierde también, como la parada hilera de los monjes; solo se oye el golpear de los remos y el crujir de los tablones: las violas y las almas van dormidas.

\*\*\*

Para sentir la honda tristeza que produce el aspecto de un claustro abandonado, hay que ver los conventos pobres y lejanos. Sin embargo, en plena ciudad y en plena vida, he encontrado un cruceiro conventual, tan austero, tan triste y tan sombrío como era cuando los frailes le habitaban. Hay en la calle de la Independencia, frente á Gante, cierta casa que ocupa una extensión considerable de terreno y llega hasta el jardín de San Francisco. Para dar luz á la escalera y al pequeño patio, no hicieron los propietarios más que echar á tierra la parte superior del muro principal, convirtiendo la fachada en algo que pudiera llamarse un arco boca arriba. Desde la calle se ven las escaleras por donde suben y bajan los vecinos y en cuyos barandales tienden la miserable y sucia ropa. Subid por curiosidad esa escalera, internaos por el obscuro pasadizo en que termina, y os hallaréis de pronto en el centro de un claustro franciscano. Nada ha cambiado allí: grandes cruces azules que parecen teñidas con añil, se destacan en la pared; las puertas de las celdas son muy viejas; hay horneras vacías en cada claustro, como si las imágenes devotas que antes las ocupaban, hubieran ido á coro con los frailes; entra apenas la luz por las remotas claraboyas, y hasta cree percibirse ese olor de madera apolillada y cuero viejo que se percibe en las sacristías y en los conventos. Es un convento sin frailes. El dueño ha hecho de cada celda una vivienda más ó menos incómoda y oscura. La celda precisamente en que yo entré, ayudó por extraña casualidad á mi ilusión. Vivía en ella un francés que ha visitado muchas tierras y guarda como reliquias de sus viajes un número muy grande de ídolos aztecas, de vasijas antiguas, piedras raras, armas, y calaveras y esqueletos. Este museo no está á la vista: guárdalo el propietario en grandes cajas y en estantes cubiertos con un velo. Lo que sí está á la vista, recordando la vida monacal, son grandes lienzos con pinturas místicas que fueron propiedad de otros conventos. Cuando salí de aquella celda, oscurecía. No he visto vecindario más pacífico que el de aquella casa. Los claustros estaban solitarios y cerradas las puertas de las celdas. Si en aquellos momentos y á las inciertas claridades del crepúsculo hubiera distinguido junto á mí la luenga barba y el adusto continente de los trapenses que actualmente están en México, confieso que habría corrido como un niño hasta no dar con la escalera y con la puerta.

Aquella casa es la única que conserva todavía el aspecto del con-

vento. En los demás edificios y en las otras fábricas, exceptuando los templos protestantes, quedan muy pocos rastros de lo que hubo en otro tiempo. Yo no sé, por ejemplo, qué había en el sitio que ocupan hoy los nuevos billares. Perteneecía, tal vez, á la capilla de los Servitas ó formaba parte del camposanto. La construcción de San Francisco era por todo extremo sólida y resistente; ved si no el trabajo y dinero que ha costado á los dueños del billar destruir las paredes y tender los arcos. Llegué á creer que aquella obra era interminable, y que si el diablo no la concluía, como acabó la catedral de Strasburgo, tal vez ni nuestros nietos disfrutarían de tan ameno sitio de recreo. Por fortuna no fué así: se allanaron los obstáculos, se vencieron las dificultades, y el lujoso billar abrió sus puertas, no muy preciosas y elegantes todavía, pero bastantes para dar entrada á una turba festiva y halaraquenta. El mejor gusto dirigió la colocación de los muebles y tapices; y las mesas, de finísimas maderas, llenas de incrustaciones y labrados, son lujosas y verdaderas obras de arte. ¡Cuán distantes están estos billares de aquellos en que jugaron nuestros padres! En los pueblos se encuentran aún algunas mesas de aquella época, anchas, enormes, de barandas pétreas, pesadas como las viejas construcciones españolas. Esas mesas me recordan, por una extraña asociación de ideas, el colegio de las Vizcainas. Me parece que están hundidas ó van á hundirse, enterrando sus patas en el suelo. Las bolas tenían dimensiones colosales. Los fabricantes de esas grandes bolas, pudieron imitar á aquel famoso constructor de pianos que, para dar al público una idea de la importancia de su comercio, y de las grandes cantidades de marfil que empleaba en los teclados puso un rótulo que decía como sigue:

*Juan Zepeda consume dos elefantes por semana.* En los billares de otro tiempo se consumían también dos elefantes. Hoy jugamos con bolas tan pequeñitas y esbeltas como Luisa Théo; que obedecen los caprichos de nuestra voluntad y van corriendo sobre el paño verde á manera de duendes enjaulados que buscan la salida de su cárcel. Yo encuentro mucha gracia y mucha belleza en las ebúrneas bolas del billar. Recuerdan los hombros blancos y torneados, de una muchacha de veinte años. La bola roja es la que buscan y persiguen las otras dos. Por eso está ruborizada. Anda de prisa como las costureras honraditas, cuando vuelven á su casa á la hora en que se encienden los faroles. Y las bolas rivales van tras ella, dándose á veces golpes y encontrones.

En la guerra de piña, el drama es diferente. Las treinta bolas, juntas y compactas, aguardan la acometida del contrario. El enemigo es uno, pero inmortal, como la muerte. Acaso, acaso sea la muerte misma. Al primer golpe, las bolas se desagregan y dividen, huyendo en diferentes direcciones. Unas se pegan á la baranda, como mujeres miedosas que oyendo pasos en la alcoba oscura, bus-

can el apoyo de la pared, para defender su espalda. Otras, más arrojadas y bizarras, esperan en el centro de la mesa. Algunas, inocentes é inexpertas, van á ponerse junto á las buchacas. Estas son las primeras que caen. La bola roja, teñida con la sangre de sus víctimas ó marcada con grandes líneas negras, no pára ni descansa un solo instante. Y las pequeñas bolas de marfil, bruscamente impelidas por el monstruo, van á perderse en la obscuridad de las buchacas. Huyen, combaten, se refugian en los rincones más oscuros; pero de nada sirven sus astucias: son treinta esclavas circasianas encerradas en una jaula con el sátiro.

En vano ocultan, unas tras otras, sus desnudos cuerpos, como si las hubieran sorprendido al salir del baño. El sátiro las besa, las posee y las arroja al agujero obscuro que no se llena ni se sacia nunca. De aquella tumba no saldrán jamás los fuegos fatuos ni los espíritus en pena. El marfil no es espiritista. Van cayendo las bolas una á una, y solo se oye el golpe seco de los cuerpos cuando llegan al fondo de la tumba. Nada más peregrino y más feroz que el último combate. De aquellas treinta vírgenes hermosas que corretearon esquivando al sátiro, han muerto veintinueve y queda una. ¿Cómo logró salvarse? Agazapándose, huyendo como una liebre, sorteando las asechanzas del tirano y saltando más ágil que una corza de dos años, por encima de los abismos y barrancas. Pero sus compañeras han caído una tras otra y ya solo ella queda en el estadio. Es fuerza que sucumba. El monstruo brinca, y disparado como un dardo, va á su encuentro. Pero la virgen se defiende, pugna, brega y logra prolongar su resistencia por medio de asechanzas y de ardides. Este combate, cuerpo á cuerpo, es formidable. A veces, cediendo á la fuerza, la virgen va á caer en la buchaca. Pero se agarra con las manos y los pies á los oscuros labios del precipicio y de nuevo se empeña en el combate. Esta es la Lucrecia de las bolas. Tarquino, enardecido por la resistencia, y por la agitación de la carrera, golpea las barandas, como un león los barrotes de su jaula. A veces, ciego y desatentado, se precipita en el abismo. Pero la muerte es inmortal. La bola virgen no encuentra parapetos que la escuden ni astucias que la salven. El monstruo la aprieta formidablemente entre sus brazos y la empuja al abierto precipicio. La guerra de piña es como algunas tragedias de Shakespeare: un solo personaje queda vivo.

Cuando la bola vencedora queda dueña del campo, me parece una imagen perfecta de la muerte. Todos, llegando á cierta edad, decimos como los aventureros de la «Leyenda de los siglos:»

En partant du golfe d'Outrante  
Nous étions trente;  
Mais en arrivant á Cadix  
Nous étions dix.

Partimos de la adolescencia en turba bulliciosa, como niños que en la mañana del domingo, se van á perseguir las mariposas. Eramos muchos; todos jóvenes, todos entusiastas, todos ambiciosos. Después, la vida nos dispersó en diversas rutas. Y cuando la vejez llama con los nudillos á la puerta y volvemos la vista á lo pasado, ya no queda ninguno, ó quedan pocos de aquellos bulliciosos compañeros.

Uno, murió, el primero, peleando contra los enemigos de la patria; otro, bajó á la tumba, cuando la vida murmuraba á sus oídos, ciñéndole amorosamente con los brazos, la frase de Julieta á su Romeo: «No te vayas, no es tiempo todavía;» ese, quedó tendido bajo un árbol, en el sitio del duelo, atravesado por la espada del contrario; aquel halló la muerte en unas cuantas gotas de fría lluvia, caídas sobre otras gotas de sudor, al salir impaciente de algún baile; ese otro puso fin á su existencia; todos han emprendido el viaje eterno, y la muerte, reclinada en el sauce de la tumba, canta para ellos las melancólicas estrofas de Espronceda:

Soy la virgen misteriosa  
De los últimos amores  
Y ofrezco un lecho de flores  
Sin espinas ni dolor;  
Y amante doy mi cariño,  
Sin vanidad ni falsía;  
No doy placer ni alegría,  
Pero es eterno mi amor.

Cuando nos vemos solos y buscamos inútilmente con los ojos á los alegres compañeros de otros días, oímos las pisadas de la muerte que nos busca y nos acorrala poco á poco. Ya no queda más que una bola en el billar. La humedad del sepulcro entumece anticipadamente nuestros miembros, y la edad nos empuja hacia la fosa. Algunos, los estoicos, aguardan sosegados y tranquilos!

La tumba es al lecho igual;  
Pero bien sabido ten,  
Que en éste se duerme mal  
Y en la otra se duerme bien.

\*\*\*

Esa lucha del hombre con la muerte y de la última bola del billar con el mingo que la persigue y que la empuja, es parecida á la lucha de «Carmen» con su amante, cuando éste, desnudando su navaja, la cerca y le cierra el paso hasta matarla. ¿No recordáis con qué extremado arte representaba Capoul esta escena? Parecía una

fiera girando en torno de su víctima, antes de hincar las garras en su carne y de sorber su sangre por la nuca. Capoul es ciertamente quien mejor ha representado ese papel. Tournié era más brusco, más violento, más feroz; pero también menos artista y elegante.

La «Carmen» traducida hábilmente al español por Alfredo Chavero, ha sido la novedad de esta semana; no perdonó la empresa gasto alguno para montarla con mucha propiedad y mucho lujo. La decoración del primer acto y la plaza de toros en que se desenlaza la tragedia están pintadas con muchísima fortuna. Como corrida de toros, «Carmen» ha sido un éxito completo. Los trajes son muy vistosos y muy propios, especialmente los uniformes militares y los que lucen los toreros. La Srita. Moriones posee la ciencia de vestirse bien y de terciar con mucho garbo su mantilla. Hay, pues, que ir al teatro aun cuando no sea más que por verla, por oír la deliciosa música de Bizet y por presenciar el vistoso desfile de la cuadrilla. Los soldados parten la plaza; los alcaldes, de vara alta, van á ocupar sus palcos presidiendo la fiesta: salen los picadores á caballo, y capas, banderillas y ayudantes, llenan el redondel todavía limpio. Las mulas que han de arrastrar al toro muerto repican sus sonoros cascabeles. Los caballos caracolean en torno de la plaza, y los espectadores echan al aire sus sombreros y pañuelos. El cuadro no puede ser más animado ni vistoso. Francamente, por los cuarenta y un centavos y dos tercios que cuesta cada función de abono, no puede exigirse nada más.

«Carmen» en español, continúa siendo una obra esencialmente francesa. La misma España de toreros y bandidos, con trajes más lujosos y más propios; pero con la misma falsedad de caracteres y de observación; la misma España de Dumás y de Gautier; el mismo torero cantando andantes italianos; los mismos trabucos y la misma promiscua confusión de capitanes y tenientes, de majas, de bandoleros y de gente honrada. Yo no concibo ese cuadro español en el que no hay un solo personaje generoso. La tensión dramática es muy grande; el carácter de Carmen sorprende, aunque no encanta, por su energía salvaje y por la fuerza indómita de sus instintos; pero aquellos gitanos y esas majas son figuras de Goya animadas por un espíritu artificial. Esa es la España de exportación y nada más; los muñecos de trapo representando indios salvajes, charros y aguadores, que llevan los extranjeros á sus casas, para decir á sus amigos: «¡Así es México!» El único personaje noble y generoso que hay en «Carmen» es Micaela. Pero Micaela nada tiene tampoco de española. Es una pastora de ópera cómica, una niña romántica que pregunta á las margaritas si su amante la quiere, es Gretchen, ó Cordelia, ó la Caperucita Roja ó Cendrillon.

Cuando oigo hablar á «Carmen» en español, le digo: «no me engañas, yo te conozco bien, eres francesa,» como al pasar por el nue-

vo templo del Corazón de Jesús lo reconozco á pesar del *flux* de cuadros que le han puesto, y exclamo para mis adentros: ¡Santa Inés!

(A MARIETTA.)

Julio 22 de 1883.

Me preguntabas, entornando sabiamente tus párpados de satín color de rosa, el significado de esta palabra exótica: *flirtation*. Eres curiosa, y como el diccionario es indiscreto, no lo han puesto tus padres en la pequeña biblioteca que posees. En este caso, sin embargo, te hubiera sido enteramente inútil. La palabra es novísima y ha entrado á nuestra lengua por la frontera de Inglaterra. Si tú quieres, empleando los omnímodos poderes que yo mismo me he otorgado, le daremos su carta de ciudadanía y su barniz de legalidad, llamándola simplemente: *flirtación*. Al fin y al cabo, ni yo pretendo entrar en la Academia, ni tú me has de reñir con iracundia por inocentes pecadillos de lenguaje.

La *flirtación* es muy difícil de explicar. No puedo recurrir para esta empresa al sabio método objetivo; primero, porque no se *flirta* entre nosotros, y después, porque tienes aún muy pocos años para que yo te entere, sin peligro, de ciertos vicios más ó menos solapados. Tú me has oído ese vocablo típico y lo has hallado en no pocas revistas europeas. La extrañeza del término excita vivamente tu curiosidad, y desearías profundizar en poco tiempo su sentido recóndito y oculto. Voy, pues, á procurar, en breves líneas, satisfacer en parte tus antojos.

Alguien ha dicho, no sé si con razón ó neciamente, que la amistad entre mujer y hombre no ha existido; debe de ser calumniosa esta aserción, porque ya tú lo ves—somos amigos, y no te he dicho aún lo que hasta el mismo espejo inanimado te dice siempre que lo consultas: «eres bella.» Yo sí creo que las amistades de ese género son algo desabridas y muy sosas: pueden compararse al agua de Seltz tomada á pasto. Por experiencia propia te lo digo: es muy difícil estar junto á una mujer, jóven y hermosa, sin decirle, bajo distintas formas, que la amamos. Tenemos la pasión á flor de cutis: el más leve contacto es suficiente para que salga y hable sin reparo. ¡Vamos! con decirte que yo conozco á un caballero que tiene necesidad de contenerse para no requebrar á su suegra! ¡Este es el colmo! Nuestro amor no está hecho de una pieza, ni permanece quieto en su lugar. Nos retoza en el cuerpo; culebrea por nuestras venas; y se asoma á las niñas de los ojos, como esas niñas perezosas y mundanas que se pasan los días en el balcón. Puedes llamarle en cual-

quier día y á la hora que te plazca: siempre estaré listo y alerta, como debían estar los mozos del hotel. Somos politeístas en materia de cariño y cada corazón pudiera compararse á esas iglesias que tienen varias capillas y muchísimos altares, cada uno con su imagen respectiva. Los más serios solemos tener un altar mayor; pero aun la santa misma que ocupa el sitio preferente, á veces tiene que ceder el sitio á otras, como los santos de quita y pon, que ocupan el altar mayor de una parroquia, según la fiesta que señala el calendario. ¡Qué quieres! Como dicen los franceses, esto es más fuerte que nosotros.

La conversación, pues, ó se encierra en los límites de la frialdad, más absoluta, ó merodea por las floridas quiebras del amor. Pero eso sí, luego que la conversación llega á ese punto y se enteran los padres ó tutores del carácter que ha tomado, intervienen con celo y vigilancia, para evitar hasta la sombra de un conflicto. Entonces tienen que ocurrir los novios á lo que llaman los españoles «pelar la pava.» El nombre es muy prosaico y muy grosero; pero bastante significativo. Y además, si la frase es española, el hecho á que se aplica es universal. Los amores de Romeo y Julieta, no eran más que amores de balcón.

Pelar la pava, con capa ó sin ella, es un placer corriente y, en el fondo, bastante inocentón. Disfrutan de él los habitantes de los pueblos chicos: en las grandes ciudades ya va siendo imposible. Dentro de algunos años, los únicos que podrán pelar la pava con las muchachas bonitas, son los ángeles. Las casas van subiendo que da miedo, las mismas torres nos parecen bajas de estatura, y el gas, la gasolina y la luz eléctrica, disipando la encubridora sombra de las calles, quitan todo el encanto y la ternura á esos pueriles diálogos de amor. En los cortijos y poblaciones cortas, sí se pela la pava todavía. Allí hay ventanas bajas y candilejos moribundos que, por una rareza incomprensible, dan más sombra que luz. Los novios se dicen mil ternezas, entre las ocho y nueve de la noche, mientras el padre juega á la malilla con el cura. En México no se disfruta de ese placer más que en los barrios y en esa faja privilegiada que se extiende desde el Jardín de San Fernando hasta San Cosme.

La flirtación, cuyo significado me preguntas, no se parece á las inocentes conversaciones de los novios, ni equivalen á lo que llamamos pelar la pava. Primeramente, no se flirta del balcón á la calle. Para flirtar se necesita el palco de un teatro, el canapé de un gabinete de confianza ó la rústica banca de un jardín. Es necesario estar cómodo, bien vestido; la flirtación es un vicio elegante como la sportmanía en el hombre y como la morfina en la mujer. No es absolutamente indispensable que la mujer con quien se flirta sea muy bella; pero sí se requiere que tenga alguna inteligencia y mucho mundo. Casi, puede asegurarse que una mujer no logra flirtar bien

hasta que no se casa y hace un viaje. Las jóvenes de veinte años tienen la preocupación del novio y la preocupación de los listones. Piensan mucho en vestirse y en casarse. Esto quita á la flirtación una parte considerable de su gracia. El hombre que flirta no es jamás un novio, ni mucho menos un aspirante á marido. Si lo fuera, sería tan amartelado y tan cargado como todos los novios de la tierra. El hombre que flirta, se mantiene siempre en los límites de la admiración estética y del amor respetuoso. Cuando á mucho se atreve, besa la extremidad de un guante ó la sedosa punta de los bucles. Pero jamás pasa de allí: el hombre que flirta es un amante de etiqueta que no se quita nunca el frac, que habla siempre de usted y que no pasa de la sala.

Dudo que me comprendas, porque estas medias tintas amorosas no pueden explicarse fácilmente. ¿Sabes tú á qué huele el agua y de qué color es el aire? Pues la flirtación es como el agua y como el aire. Flirtar es querer á una mujer y decírselo en formas elegantes, sin pedirle su corazón ni sus favores. Pero en esto también me explico mal, porque el hombre que flirta no quiere ni desea: gusta de la mujer y nada más. La flirtación es un platonismo encanallado.

La mujer puede amar al hombre con quien flirta; pero nunca se lo dice. Es más aún: desde el momento en que el amor germina en ella, la flirtación pierde su novedad y su belleza. La verdadera y genuina, nada tiene que ver con el amor. Es un placer de epidermis, un juego de raqueta, en que las palabras hacen veces de volantes, un amor que es todo superficie y á cuyo fondo no pueden descender los corazones, porque están huecos. El hombre y la mujer se asoman al barranco sin sentir vértigos; andan por las cornisas del amor, como los gatos van por los tejados sin caerse. Cambian miradas y requiebros y ternezas; pero apenas se separan, olvidan las palabras y los besos mentales. Flirtar es bordar flores con la mirada y con los labios. Es un medio que han inventado las mujeres que no aman, para hacerse la ilusión de que están engañando á sus maridos.

Lo que más se asemeja á la flirtación es el *marivandage* de los franceses. Pero el *marivandage* es una flirtación de chaquira; un bordado minucioso; uno de esos globitos calados que fabrican los chinos y que van unos embutidos dentro de otros. En el *marivandage* se habla de amor descaradamente, rebuscando las frases, redondeándolas con el único fin de parecer discreto é ingenioso. Es el lenguaje vestido de pasión. Para que una mujer se dedique con buen éxito á pintar estos arabescos en el aire, es necesario que haya leído muchos versos y que conozca todos los repliegues del idioma. El *marivandage* equivale á los versos con consonantes forzados. Ya ha pasado de moda; su tiempo fué el de las preciosas ridículas del Hotel Rambouillet. Es un amor de caramelo que empalaga.